

—¿Entonces por qué comes todos los días su pan?...

—El te pondrá aun en la calle, y ha de ser tu madre todavía, mala hija, quien tenga que recogerte y consolarte.

—Lo harás por primera vez en tu vida, por que hasta ahora, confíesalo, no te ha costado caro mi sostenimiento...

—Vamos, vamos, se disputa...—dijo una voz dolorosa y cansada. Era Francisco, á quien, en el calor de la reyerta, no habían oído entrar. Pareció no fijarse en el silencio embarazoso que siguió á su aparición, y besó á su querida en los labios, inclinándose después ante Sofia y preguntando:

—¿Dónde está Darnot?

—No sé;—respondió Juana—estaba aquí hace un momento y marchó sin decir nada. Los criados tampoco están.

—Hubiera querido hablarle.

—¿Para qué?

—Por que tengo comprador para el automóvil. Me ofrecen siete mil francos...

—¿Nada más siete mil?

—¡Bonita suma!—dijo Sofia indignada, con un gesto de desprecio, levantándose y saliendo de la habitación.

—¿Qué es lo que tiene ahora?—preguntó Francisco. Hablaba con aquella voz apagada que denunciaba en él á la vez la preocupación y la falta de energía para obrar. Una especie de velo, ó de nube de alcohol empañaba sus ojos. En su boca se marcaba una contracción de amargura.

—Tu vienes de la taberna—le dijo Juana disgustada— Ya va siendo eso una costumbre.

El hizo un gesto vago, sacó de su bolsillo una cartera, tomó de ella un billete de quinientos francos y se le tendió á su querida diciendo:

—He aquí tus aguinaldos. Hubiera querido comprarte un regalo ya ayer, pero después... no tuve tiempo.

Juana cogió el billete y le metió en su libro.

—¿Es verdad lo que me ha asegurado Marcos hace poco, que estamos arruinados, que no nos quedan más que unos treinta mil francos?

—¡Bah!

Y con esta cómoda exclamación Francisco se sentó al fuego, en tanto que Juana veía con terror su silueta de náufrago, la misma que había visto antaño en casa de Laura, antes del viaje á España. Se aproximó á él y le dijo:

—Tu no te vas á dejar ir así, sin hacer nada ¿eh Francisco? Vas á buscar una plaza, una ocupación, y lucharás para ponernos á flote.

—Evidentemente...

—¿Cuándo? En seguida...

El repitió maquinalmente.

—En seguida...

Pero su cara atontada no revelaba ni la prisa, ni el desasosiego. Juana inquieta por una sospecha que atravesó por su espíritu le preguntó:

—¿Al menos nó estarás arrepentido de lo que hemos hecho? ¿Nó tienes ganas de volver á casa de Laura?...

—¡Tú estás local!...

Estaban solos, mal alumbrados, ante la noche, junto á una lumbre agonizante, ella sin confianza, él sin energía, parecidos, á pesar de su juventud, á dos viejos. Juana tuvo en aquel momento la im-

presión clara de que resbalaban por una pendiente peligrosa, de que descendían, de que rodaban, de que necesitaban asirse á algo. Y pensó que lo que no había sabido hacer aquel niño, echado á perder por María, sabría hacerlo ahora por ella; ella intentaría obligarle con todo rigor.

—Escucha, Francisco, tu me amas todavía un poco; yo te amo á tí también; además tenemos buenos recuerdos uno de otro y pronto seremos marido y mujer. No debemos ser cobardes delante de la vida. Seamos confiados, sinceros, valientes, y saldremos adelante... El juego, ya lo has visto, es un negocio sucio, y del que, al fin, siempre se sale mal. La comisión y la reventa de automóviles, no es solución para un hombre de tu apellido y de tu rango... Busca una verdadera ocupación...

—¿Dónde? ¿En un escritorio?—preguntó Francisco con una pobre risa, tan inocente para aquel momento, que Juana se quedó espantada. Iba á añadir que reducirían sus gastos, los gastos de aquella vida que hacían, pero se contuvo encontrando demasiado tonta la ocurrencia. Era Juana de esas mujeres á quienes la flojedad, la cobardía desesperan, é inclinándose hacia Francisco le dijo con una voz silbante:

—Puesto que así me ayudas, puesto que así recibes mis proposiciones, desenrédate tu, querido, anda... yo no te hablaré más de nada... nunca... Tanto peor para tí, tu lo habrás buscado...

Y de nuevo la visión de Pablo de Fonteroy se interpuso entre ella y su amante.

*
**

Por dificultades de interpretación el estreno de «Una equivocación» se había ido retrasando hasta la segunda quincena de Febrero. La noche de esta solemnidad había una de esas temperaturas suaves, que anuncian la salida del invierno y el comienzo de la primavera.

Juana, Francisco y Darnot habían comido en un restaurant y subían á pie por el boulevard. Se prometían un gran placer con aquel espectáculo que iba á hacer sonar sus nombres, por que hablaría todo París de su aventura. Se sentían ya célebres, como esos actores cuyos nombres se destacan en los enormes caracteres de los anuncios de los teatros.

—Papá debe estar emocionadísimo—decía Juana, que nunca se había considerado tanto como entonces la hija querida de Felipe Aubryet.

—¡Bah, ya tiene costumbre!—repuso Francisco perezosamente.

Un letrero de gas anunciaba el estreno de «Una equivocación» á todos los transeuntes. Una fila de coches se reemplazaba incesantemente delante del teatro. Se oían los ruidos secos de las mamparas allá dentro. Gordos y medio ahogados, los revendedores de billetes ofrecían las dos últimas butacas por trescientos francos.

—¡Friolera!—exclamó Darnot.

En el vestíbulo los periodistas se tocaban con los codos y saludaban al hijo y á la futura nuera del autor. Juana estaba contenta. Llevaba un vestido negro, de una sencillez estudiada, una garzota negra también sobre sus cabellos rubios, y se sentía bonita y admirada. Marcos, muy frío con ella desde la última tentativa de la calle de Pigalle, la

miraba cuando ella no le miraba á él. Francisco tenía su cara despejada, animada. Había vagas esperanzas de conseguir una secretaría de Embajada. Por otra parte la venta de alhajas compradas en España, había producido unos diez mil francos. Los miedos que les inspirara al porvenir parecían desvanecidos como un mal sueño.

Cuando, tiempo después, quería Juana evocar un minuto de dicha completa, recordaba siempre aquella sala del teatro, llena de elegantes *toilettes*, de vestidos negros y de cuchicheos, la silueta de Pablo de Fonteroy que los aguardaba, la rampa, la concha del apuntador, la atmósfera de inteligencia y de lujo que caracteriza los estrenos. Suponía todas las miradas dirigidas á ella, á ellos. En realidad la mayoría de los espectadores ignoraba su presencia y ni sabía que la obra fuera una alusión á su biografía.

Alusión por otra parte mediocre, indirecta y que revelaba en el autor un don de observación muy limitado. En la concepción de Felipe Aubryet, Francisco era un joven romántico incomprendido, conquistado por dos mujeres secas y estúpidas, (Laura y María Montmelian, únicamente ocupadas del comercio y de los negocios) que encontraba un día un alma hermana, la de Juana, y siguiendo los consejos de su padre prefería la dicha á la riqueza, el trabajo cerca de la elegida, á la haraganería entre las egoistas. El papel del padre, un padre sabio y burlesco, tierno y escéptico, desengañado y lleno de experiencia, había sido hecho con especial cuidado. Clotilde en la obra había muerto, pero su recuerdo venerado y dulce se cernía sobre estas sosas aventuras.

El fracaso de esta insulséz se manifestó desde la mitad del segundo acto. Se esperaba de Felipe Aubryet una obra con toques melodramáticos, del corte de esas que llegan de ordinario hasta doscientas ó trescientas representaciones, entre una continua tempestad de bravos. Nadie como él hacía gesticular á los sutiles ingenieros, á los confiados diplomáticos, á las *mondaines*, entre las cuales el arte de amar y de ser amadas ha despertado una pasmosa penetración. Nadie como él, cuando dejaba lo moderno por lo histórico, hacía surgir entre los sostenedores de dos partidos adversos, güelfos y gibelinos, chuanes y azules, una de esas pasiones heroicas é irresistibles que arrojan á los amantes á la muerte bajo los ojos de los verdugos, de los grandes capitanes, de jueces y gobernadores implacables. Estas recetas, conocidas por anticipado, las hermosas *toilettes*, y un hábil reclamo, le valían el sufragio del público, de la baja crítica, de los revendedores de billetes y de los americanos.

Pero esta vez, sacrificándose á la nueva manía del público por las obras de costumbres contemporáneas, había renunciado imprudentemente á la caja de donde habían salido sus mejores triunfos, y quiso ensayar un género que no era el de su especialidad, con lo que consiguió la contrariedad general.

—¡Esto es idiota!—exclamó el primero un joven, paseando inmediato al sitio en que Pablo de Fonteroy explicaba en voz alta las necesidades del teatro de mañana...

Francisco se irguió bruscamente y siguió con los ojos al descontento, pero ya un segundo espectador manifestaba su opinión en estos términos:

—Yo encuentro esto completamente estropeado....

La actitud de todos y de todas demostraba la falta de interés, la sorpresa penosa, la mala impresión.

Juana despechada mordía su abanico y mandaba á Marcos que fuera á recoger impresiones en los pasillos.

—Yo te acompaño—dijo Francisco al secretario.

Ella se quedó con el noble conde, que estaba menos extrepitoso ahora que otras veces. Hablaba bajo de la falta de comprensión de las masas y del peligro que esto constituía para las ideas demasiado nuevas, que soliviantaban la rutina por que la oprimían, como unas botas estrechas oprimen los pies. Juana respondió:

—Si, si, sin duda—Pero su mirada distraída y clara parecía acechar en él otra cosa. Entonces Pablo comprendió y se animó, y comenzó á jugar con la bonita mano que pendía al borde de la silla de terciopelo. Después la apretó, mezcló sus dedos á los dedos delgados y suaves de ella, y continuó charlando de aquellas vanas cosas que su gesto ca-zurro denotaba no interesarle ya.

Juana estaba silenciosa. Un poco más en aquella situación ambos, y la caricia maquinal de él perdería su importancia decisiva. Entonces sin transición, con tono natural pero emocionado, Fonteroy preguntó:

—¿Cuándo irá V.—

Con la estremidad de sus labios rosa, entreabiertos como cuando fumaba, respondió Juana:

—La semana próxima.

—¿Qué día, el lunes, el martes, el miércoles?...

—Espéreme V. de cinco á siete de la tarde esos tres días...

Ya era tiempo. La puerta de madera se abrió y entraron Darnot y Francisco. Este hizo una mueca que significaba, aludiendo al estreno:

—Esto no va muy bien...

—¿Has visto á papá?...

—No era este el momento. Iremos á verle más tarde.

La desilusión era grande. Juana había soñado con una emoción y con un éxito sin fin. Todo el mundo de pié palpitante. Se pudo esperar á la mitad del tercer acto, que la cosa cambiara, que la acción dramática desarrugara el ceño del público, cada vez más significativo. La primera mujer (María Montmelian) hacía un esfuerzo desesperado por reconquistar al infiel. Iba á buscarle á España y simulaba un suicidio en una bonita decoración nocturna de campo andalúz, alumbrado por la luna. Pero el cuarto y último cuadro, que no añadió nada á la situación y era repetición de lo visto ya, precipitó el fracaso definitivo. Se tosía desesperadamente desde el paraíso hasta la orquesta, lo que es una manera culta de protestar. Los más impacientes se marchaban. El nombre del autor fué proclamado delante de una sala medio vacía.

Entre bastidores se notaba ese aspecto de casi soledad y de morosidad que caracterizan los fracasos. Juana y Francisco seguidos de Fonteroy, radioso por otros motivos, y de Darnot sombrío, se equivocaron varias veces de pasillo antes de encontrar el buen camino. Una figuranta hallaron que estrechando la mano á una compañera decía «¡Qué

sopapo!» Los comediantes malhumorados estaban encerrados en sus cuartos, en que ningún admirador entraba á turbar sus lavatorios. Se contaba que la principal intérprete había tenido al final una crisis nerviosa.

Cubierto con su célebre gorro, marchando á pequeños pasos rápidos por entre una mesa cubierta de billetes de favor y las dos ventanas del cuarto-dirección, el autor hacía frente á la desgracia. Estrechó contra el corazón á «sus niños,» y dió el abrazo tradicional á «su querido Pablo» y á «su buen Darnot.»

—Ya sé, ya sé. Ha habido un pequeño vaivén. Eso se arreglará mañana. Es cuestión de dos cortes y una pequeña variación...

No confesaba nunca sus desaciertos, sus desastres. Era su sistema. En tono confidencial insinuó:

—Y bien, yo pienso que esas señoras Montmelían...

Guiñaba un ojo. Juana creyó que debía reirse, pero la falsedad se veía. Francisco dijo:

—He visto á Ignacio, que procuró evitarme. Corría, sin duda, á la calle de Borgoña á llevar noticias... Mis criados Víctor y Lucía estaban ahí y se han divertido mucho.

—¡Ah, ah, esos tienen gusto, por lo menos!...

El viejo piloto del patio y del jardín, el «diablo de hombre» se agarraba á los más pequeños detalles. Las decoraciones de España no eran lo que debieran haber sido... Se veía uno tan mal con los maquinistas!...

¡Ah, era este un oficio chabacano!

Entró un viejo triste, grueso y gris. Era el Director.

—Amigo Chamin, no hemos tenido más que un mediano éxito. Se hará una cosa mejor la otra primera vez.

Felipe Aubryet era animoso. Chamin no lo era tanto y no pudo mostrar sus esperanzas más que con un gesto. Además estaba cerca de la ruina y este fatal estreno le aproximaba más á ella.

Los visitantes, poco elocuentes, no tenían nada que añadir y abandonaron el campo del desastre.

—Ahora que papá queda acompañado, podíamos ir á cenar nosotros cuatro...—propuso Francisco, respirando el aire del exterior, el aire verdadero del boulevard y de la noche. Y Juana dijo á Pablo de Fonteroy:

—Deme V. el brazo, querido.

*
**

Ignacio Solientés al día siguiente dormía aun, cuando su criada le pasó una carta de Laura Montmelían. La letra, generalmente poco clara, de esta mujer exaltada, era más incomprensible todavía ahora. Con mucha aplicación pudo llegar á adivinar el pintor que se le llamaba «por un motivo urgente y grave» á la calle de Borgoña.

—Tiene prisa por saber lo ocurrido anoche en el *Teatro Parisien*—pensaba mientras se vestía— Pero ella y María pueden tranquilizarse. No es aun «Una equivocación» lo que atentaré á su fama. ¡Ah, tiene una singular visión el padre Aubryet, para que se dedique á observar los hombres!

Su fé, muy viva y muy discreta, pues tenía horror á las predicaciones, era uno de los lados del

caracter de Ignacio. Su sentimiento irónico de las cosas y de los seres, era otro. De suerte que pasaba su tiempo divirtiéndose de los aspectos ridículos de sus semejantes más inmediatos por el momento, pero sin querer dar á conocer esta distracción. Y ese perpétuo escrúpulo, esa oscilación, daban á su alma, como á su mirada, un atractivo profundo, una llama sorda que hacían sentir la necesidad de abrirse á él. Instigaba, sin proponérselo, á la confianza.

Cuando llegó á la calle de Borgoña, la criada de Laura, prevenida ya, le hizo entrar en un pequeño salón amueblado á estilo de la edad media, en el cual se hallaban ya reunidos la misma Laura, su hija y el viejo Ursneur. Era aquello una especie de consejo de familia. María estaba pálida, los ojos fijos en el suelo, sentada en un sofá. Ursneur meneaba de emoción su cabeza huesosa. «La Intempestiva,» hábilmente despeinada, descolorida también y con los labios temblorosos, estrechó con efusión las manos del pintor.

—Ignacio, mil gracias... por haber venido... Mi buen Ignacio, nos ocurre una desgracia grande...

—¿Cuál... por qué, señora... me asusta V.?... Felizmente veo á ustedes reunidos...

—Pedro Froncín se ha suicidado ayer tarde en su casa disparándose un tiro en el corazón.

Salientés, que esperaba algo peor, sintió casi alegría con la noticia de la catástrofe que había herido á aquel marido burlado y no á ninguno de los presentes. Pero el espanto y los remordimientos que se revelaban en la querida fisonomía de aquella á quien él amaba, le hicieron suponer inmediatamente que no era ella agena á este drama. El

había dicho, sin pensar siquiera lo que decía: «¡Oh, Dios mío, como ha sido eso!»... y Laura empezó en seguida á contárselo, dejando escapar en el transcurso de la historia estas palabras incoherentes al parecer, pero que Ignacio comprendió bien:

—...Yo, dominada por mi irritación me dejé llevar..., y esto es lo que siempre me reprochará mi conciencia..., me dejé llevar de la rabia y trastorné á aquel desgraciado, haciéndole entrever una parte de la verdad...

—¿Qué verdad?... ¿Por qué?... ¿Con qué fin?... — preguntaba Ursneur asustado.

Ignacio comprendió que Laura, puesta al corriente por su hija de las relaciones de Mariana y Saverne, y enloquecida, en su desbordado amor maternal, por la pena de María, había cedido á la cólera. La actitud de las dos, de Laura y de María, se lo confirmaba.

—Por que yo le encontraba demasiado bestia,... por que desde la marcha de Francisco no tenía más gusto que hablarme de su dicha, de la virtud de su Mariana, de la pureza de su Mariana, de la sensatez de su Mariana... Sin duda tuve un momento de locura. Si yo hubiera tenido otra razón más justa, no tendría ahora remordimientos, y no estarían Vdes. aquí.

—...Yo le hablé brevemente... y á medida que le hablaba, me horrorizaba mi acto, por que la cara de aquel pobre diablo se descomponía, se extendía, se retorció... Hacía esfuerzos por no comprenderme. Hubiera querido taparse los oídos... Era horrible aquello.

—¡Ah, mamá!—esclamó María con expresión de disgusto y de espanto.

—Jamás— continuó Laura verdaderamente emocionada esta vez y renunciando á toda afectación—jamás olvidaré aquella marcha vacilante, cuando se levantó pidiéndome licencia y excusándose por haberme excitado... Yo hubiera querido entonces sobre todas las cosas, recoger mis crueles alusiones, devolver á aquel hombre su ceguedad y su confianza. ...¡Ah, estoy sufriendo un buen castigo por mi maldad!...

—Esto es increíble—suspiró Ursneur—¡Usted tan buena, tan compasiva!...

Ignacio pensaba que los comediantes de la vida acaban por provocar lo verdaderamente trágico: con su intuición, con su facultad de metamorfosear las cosas, reconstituía lo que habría sido para Pedro Froncín, mientras Laura le gritaba su destino, aquella cara de pitonisa moderna, con sus rasgos fuertes, encuadrada por cabellos grises ondulantes. Torturada por ese celo de confesión que es el castigo de los incrédulos, «La Intempestiva» prosiguió:

—Esto pasó anteayer.... Lo ha comprobado luego, evidentemente. Ayer tarde á las siete y media, en el momento en que yo me iba á poner á comer, llamaron... Me estremecí... «De parte de la señora de Froncín»... Me figuré lo que diría la carta antes de abrirla.. «*Pedro acaba de suicidarse. ¡Suplico á V. que venga en mi ayuda!...*» No sabía ella quien había advertido á su marido, quien le había asesinado... ¡Si... si... asesinado!... Lo menos que puedo hacer es tener el valor de calificar mis actos como merecen... Cuando yo me encontré allá abajo, en el Luxemburgo, calle de Médecis, cuando yo vi aquella señora tan animosa... cuando ella me estrechó entre sus brazos, y me llevó á ver el cadáver... ¡oh!...

Laura tenía ahora la misma cara huraña que tiene un niño cuando sale de una pesadilla. Ignacio sintió horror viéndola y oyéndola.

—No hable V. más de eso... Está V. renovando...

Pero ella le interrumpió con un movimiento de franqueza:

—Déjeme V.... Esto, por el contrario me hace bien... Me pone ante mi conciencia. Hasta aquí, amigos míos, yo conocía mal la gravedad de la vida, la importancia de las palabras que salen de nuestros labios y que expresan, generalmente, lo que quisiéramos ser, no lo que en realidad somos... Hoy experimento, comprendan ustedes esto, hoy sufro las consecuencias de las palabras... Me quemarían y me torturan como quemarían y torturarían á Froncín... Esto es un castigo necesario.

—¡Noble amigal!—gimió el viejo Ursneur besándola las manos. Parecía participar de la angustia de ella. El sudor cubría su vasta frente, y él lo enjugaba con un gran pañuelo de tela basta. María sola conservaba los ojos secos, pero sus mejillas encarnadas revelaban una fiebre interior.

—¿Qué debo hacer yo ahora?—continuó Laura, después de un largo silencio.—¿Cómo reparar?... Ocuparé á Mariana en el «Nuevo París». Allí estará en una situación excepcional, por supuesto... Pero no podré reanimar al que ha muerto asesinado inútilmente, por que nunca nos había hecho mal...

Los sollozos la ahogaban. Se levantó bruscamente y salió del salón dejando á María con Ursneur y Salientés.

—¡Qué horrible suceso!—murmuró el pintor.

—Soy yo la sola culpable—dijo la joven, deci-

dida también, por el contagio de la irresistible confesión, á descargar su alma y purgar su falta.—Yo le había soliviantado. Yo estaba celosa de Mariana Froncin... Si, Ursneur, por que Mariana era la querida de mi amante, del pintor Saverne... Ahora estás al corriente, ya tienes descifrado este terrible enigma... Mamá me adora. Es imposible contenerla cuando se trata de mí. Desde hacía algunas semanas me veía llorar todos los días... y me ha vengado haciendo víctima al inocente Froncin... me ha vengado indirectamente, como siempre.

Aquí hizo un gesto raro, y luego añadió con voz silbante:

—¡Valiente ella, Mariana! ¡Ah... ya lo creo! No amaba á su marido. Está loca por Saverne. En Saverne pensaba delante del cadáver del otro, y Saverne era quien la daba ánimos... ¡Oh, como se paga aquí abajo el dejarse llevar del deseo!

Victoriano Ursneur mientras ella hablaba con rapidéz y violencia, pasaba del estupor á la aceptación. A vueltas con sueños y creándose afecciones á medida de sus quimeras, paseaba á través de la vida sus ojos sin penetración y sus juicios temerarios que no analizaba ni comprobaba jamás. Era necesario que la verdad se le apareciera brutalmente para que la admitiese. Había envejecido sin madurar. En este momento estaba como un operado de cataratas que entrevé con alegría la luz y el contorno real de los objetos.

Salientés no se hacía ilusiones sobre el estado de espíritu de María, que no se fijaba más que en una cosa de este drama horrible provocado por ella: en la sangre fría sospechosa de su rival. No pensaba más que en que Mariana estaba libre, y

Saverne dispuesto á casarse con ella. Su cólera la volvió contra el viejo.

—Pero tu eres como mamá, no te das cuenta de nada... y vienes aquí cada día. Me encontrabas pálida, triste, enflaquecida, silenciosa... ¿y qué te imaginabas?... ¡Qué sentía la pérdida de Francisco!...

—¿Eh? Si, mi pobre pequeña, que estabas mala por su abandono. Con mucha frecuencia he hablado á tu madre de tu salud...

María alzó las espaldas y dijo:

—A mi edad no hay más que una enfermedad... la que hace temblar cuando suena la campanilla, tiritar cuando el criado entra con un telégrama, con una taza, ó á echar leña al fuego... la que dá fiebre cuando se pasan dos días sin ver á la persona que es indispensable á la vida, al sueño, á la ilusión... Sin duda, Ursneur, yo estaba mala... Lo estaba tanto, que acosada por mamá que se inquietaba con alboroto, pues es nerviosa y extremada, he revelado mi secreto. Necesitaba hablar de él... ¿comprendes?

—Comprendo..... y escuso—dijo gravemente Ursneur.

—¡Y todos escusais, que es lo que me desespera! Si yo hubiera encontrado menos debilidad aquí, estaría salvada hoy, acaso.

Cuando el viejo estuvo sólo con el pintor, juntó sus largas manos, elevó los ojos al cielo y gimió sordamente:

—¿Quién es, quien causa tales desgracias?... ¿Cuál es la fuerza abominable que perturba así las almas y los cuerpos, y que se abate sobre las familias para desunirlas?...